

## HISPANOAMERICA EN EL PENSAMIENTO DE JOSE ORTEGA Y GASSET

*Luis Barahona Jiménez*

La lectura de los autores españoles que han tenido contacto con la realidad hispanoamericana da materia de meditación y con frecuencia deja valiosas enseñanzas. Tal es el caso de la obra de don José Ortega y Gasset quien estuvo por dos veces en la tierra del Plata, donde pronunció varias conferencias y ejerció un alto magisterio periodístico por medio de sus frecuentes artículos publicados en "La Nación" de Buenos Aires.

De aquel contacto físico, moral e intelectual del gran filósofo español surgió una visión de la realidad hispanoamericana que, con el correr de los años, fue configurando y detallando una especie como de escorzo que, aunque incompleto, ha quedado a la espera de que alguien lo entresaque de su voluminosa obra y lo presente a la consideración de los estudiosos para que pueda ser analizado. Esta visión de Hispanoamérica surge en el pensador español a propósito de la tesis de Hegel sobre América y posteriormente a la vista de la Pampa argentina y como consecuencia de sus frecuentes contactos personales y epistolares con sus amigos sudamericanos.

Primero Hegel. Sabemos que la labor intelectual de este filósofo es como un ingente esfuerzo por tomar en peso la realidad histórica total de Europa y de Oriente con el objeto de reducirla a una unidad explicativa de tipo lógico-racional. A esta explicación se le ha dado el muy significativo nombre de panlogismo, o sea, la identificación de lo real con lo ideal y de lo ideal con lo real, proclamando la unidad de todo lo real histórico.

Aquella doctrina que nos describía todos los pasos del Espíritu, desde lo Absoluto-Idea hasta desembocar en el Estado prusiano parecía gozarse en su suficiencia, pues estaba en capacidad, según Hegel, de explicar el devenir del mundo occidental partiendo de las épocas más primitivas. A esta suficiencia sistemática debía el idealismo trascendental su bien ganada fama a lo largo del siglo XIX.

Pero, al parecer, Hegel había dejado fuera una parte bastante grande de la Geografía. En efecto, había olvidado al Continente Americano, es decir, casi medio mundo, error fatal que era necesario subsanar de algún modo, aunque fuera metiéndole a empellones en el cuerpo del sistema, que para el caso debía operar como un verdadero lecho de Procusto.

En el cuerpo del sistema, he dicho intencionadamente, pero no en el cuerpo de la Historia universal que se extiende desde el pasado hasta el presente. Ahora bien, como América es sólo porvenir, un porvenir sin historia, sin pasado y sin presente, sólo puede instalarse en el desván de la prehistoria donde todos los gatos son pardos. Para allá nos manda Hegel, y muy agradecidos de tener siquiera ese arriño para guarecernos y esperar a que en unos cuantos milloncejos de años podamos ver el sol claro de la madurez histórica. Ese, no cabe duda, es "nuestro brillante porvenir".

En el pensamiento de Hegel, nos dice Ortega, y no meramente por dorarnos la píldora, "la prehistoria goza de un valor sustantivo". La historia es negación de la prehistoria, de manera que ésta es un momento dialéctico sin el cual no podría entrar el Espíritu en sí mismo para hacerse autoconsciente, es decir, dueño y señor de su albedrío en la forma concreta del ente autónomo que es el Estado. En todo caso, podemos estar ciertos de que el valor sustantivo de la prehistoria no hace historia por sí mismo, al margen del devenir dialéctico, por la sencilla razón de que en ella no pasa nada. Todos los hechos que se producen son meramente naturales y la historia es de suyo un acontecer del Espíritu, o siquiera, de la potencia espiritual del hombre.

"Hay porciones de la Humanidad que hasta nuestros días perduran en esa situación prehistórica. Los pueblos salvajes no tienen historia, como no la tenían las abejas o las termitas... Prisionero aún de la Naturaleza vive el hombre ignorado de sí mismo, enajenado y fuera de su propio ser. Esto es, en general, para Hegel la Naturaleza: aquella realidad que precede y prepara al Espíritu. En ella, mezclado con los animales y con el paisaje, fermenta lo humano. Allí debemos buscarlo; por tanto, la Prehistoria es Geografía. En el capítulo geográfico de sus "Lecciones de la Filosofía de la Historia" es donde paradójicamente hallamos instalada América". (T. II - p. 569).

Apoyándose en estas premisas dialécticas, confeccionadas con miras a dar cuenta de esta realidad americana que había quedado fuera del sistema de la historia, piensa Hegel que es posible situar ahora nuestro mundo a manera de prólogo de su Filosofía de la Historia.

Como pruebas de su aserto dice Hegel que en América hay dos características que se dan tanto en su aspecto físico como en el aspecto animal y humano, a saber, la inmadurez y la debilidad. Hoy sabemos que nuestro continente es al menos casi tan viejo como el continente europeo y quizá una parte de éste que se fue alejando paulatinamente. En cuanto a la flora y a la fauna prehistórica aquí se encuentran yacimientos antiquísimos y cada vez se comprueba que hay prehistoria de centenares de millones de años. Lo mismo podemos decir de la presencia del hombre que cada vez se aleja más en un pasado de centenares de miles de años según se ha podido comprobar mediante procedimientos científicos recientes. El paso del "homo sapiens" en el período precolombino dejó por todo el continente huellas de culturas que cada día nos deslumbran más conforme se descubren ciudades enteras y sistemas de vida en los que podemos apreciar su capacidad intelectual, su fina sensibilidad artística, sus avanzados sistemas de organización política y sus concepciones cósmicas que pueden compararse, —y a veces hasta superan— con las más viejas culturas del Oriente, de Egipto, Asiria y Persia, en todo lo cual se nos manifiestan como culturas verdaderamente históricas, para usar el mismo lenguaje de Hegel, en las que el Espíritu hacía tiempo habría podido manifestarse y aun tomar conciencia de sí. En cuanto a que en América el Espíritu no había evolucionado lo suficiente para auto-determinarse como Estado, mucho podría decirse con sólo referirnos al Imperio de los Incas donde la sabiduría de los amautas logró conciliar en forma ejemplar la autoridad con la independencia de los hombres en un sistema comunitario que fue capaz de proporcionar la abundancia de los bienes materiales a todos los hijos del imperio, sin tener que llegar a las formas tiránicas a que en nuestros días se ven llevados los estados totalitarios.

La ceguera de Hegel le hace negar hasta la existencia misma de los Estados Unidos de Norteamérica, que en su tiempo ya eran una realidad, por no estar "lo bastante adelantado para sentir la necesidad de la realeza". En este punto cedo la pluma a Ortega que ve muy bien el punto flojo del filósofo alemán.

"Tocamos aquí en un punto concreto la enorme limitación del pensamiento hegeliano: su ceguera para el futuro. El porvenir lo desazonaba porque es lo verdaderamente irracional y, en consecuencia, lo que estima más el filósofo cuando antepone

el apetito frenético de verdad al afán imperialista de un sistema. Hegel se hace hermético al mañana, se agita desasosegadamente cuando roza algún albor, pierde la serenidad y cierra dogmáticamente las ventanas para que con nuevas posibilidades luminosas no entren volando las objeciones". (Ibid. p. 573).

¿Cuáles eran las razones por las que Hegel no admitía que en América hubiera verdaderos estados? Ortega cree que es posible hablar hasta de una teoría sobre este punto concreto.

En primer lugar, para que haya un verdadero Estado se necesita del descontento producido por las diferencias de clase y por la existencia de una gran masa de población; tales factores no existían en América "por tener siempre abierto el recurso de la colonización" en virtud de la inmensidad de su territorio despoblado. (Cit. p. 573).

Pero la verdadera justificación de la teoría que entrevé Ortega, hay que buscarla en la entrada del Espíritu en sí mismo por la puerta de la antehistoria o naturaleza que no es otra cosa que proyección del Espíritu hacia fuera, enajenándose en las redes de la materia, su antítesis, donde acaba por ignorarse y desconocerse.

Los términos en que Ortega enuncia la ley, que, según él, pensó Hegel pero nunca llegó a enunciar de un modo preciso, dejan ver que hay algo de cierto en su interpretación, pero en otros sentidos no parecen ser muy congruentes. El texto dice así: "Pues bien: en esa definición de América entrevemos una ley fundamental de la historia que Hegel no ha formulado nunca por separado. Por lo visto, para que el Espíritu se recoja sobre sí mismo y abandone ese aspecto de naturaleza que primero adoptó, es preciso que los hombres no encuentren ante sí grandes espacios libres, sino que, al contrario, vivan apretados. Por tanto, la historia o espiritualización del Universo es función de la densidad de población. La humanidad desparramada no segrega espíritu: es menester que se haga especialmente compacta, que se aprieten unos contra otros los individuos. Sometida a presión la humanidad comienza a rezumar espiritualidad y la aventura propiamente histórica se inicia. Sólo ante dificultades en la vida "cultural", cuya medida hallamos en la holgura de territorio, se dispara el proceso cultural". (Op. cit. p. 575).

Leyendo estas líneas de Ortega uno saca en claro que es necesaria la densidad de población porque en ella se suponen como existentes las clases sociales —una muy rica y otra muy pobre— y se pone en marcha la dinámica de la historia social o sea, la manifestación dialéctica del Espíritu objetivo, todo lo cual no podría lograrse en los espacios abiertos y despoblados. Dicho de otro modo: no es la densidad de la población el factor determinante, sino más bien la existencia de las clases sociales y el descontento de la gran masa de los pobres. El Estado es entonces la estructura objetiva que cuaja como expresión del esquema dinámico de las tendencias en pugna, pero tal resultado no se lograría si sólo se contase con una población numerosa, por más que ésta viviese apretujada al máximo.

En este punto resultaría mucho más avisado Sarmiento que Hegel, de ser las cosas como las interpreta Ortega, pues el presidente argentino, al analizar los males de su país, creía que todo el remedio estaba en poblar y civilizar la Pampa. Efectivamente, no es la simple presión, que más bien origina una tendencia natural a la revuelta y la explosión anárquica, sino la sociabilidad normalizada de la multitud, el orden racional y el consentimiento libre lo que origina la constitución del Estado en virtud de un proceso que puede ser dialéctico o no, según los casos: Este factor se llama civilización, cultura. Por eso Sarmiento, al igual que muchos otros grandes estadistas de nuestra América, vieron siempre en la educación, en la escuela, el factor determinante del progreso y, sobre todo, del sistema democrático en todos nuestros países.

Nos dice Ortega que si Hegel hubiese podido asistir "a la magnífica escena de la vida yanqui con todas las maravillas de su técnica y organización", en ella vería "un tipo de espiritualidad primitiva, un comienzo de algo original y no europeo. En suma, lo que estimaría de América sería precisamente sus dotes de nueva y saludable barbarie. De éstas y no de su técnica europea, mera repercusión del Viejo Mundo, dependería, en su opinión, el nuevo estadio de evolución espiritual que América está llamada a representar. ¿Cuál sería éste? ¿Cuáles sus rasgos distintivos? Hegel aparta con temor su vista de tal problema y dice: "Por consiguiente, América es el país del porvenir. En tiempos futuros mostrará su importancia histórica, acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur... Mas como país del porvenir, América no nos interesa; pues el filósofo no hace profecías". (Op. cit. p. 576).

En resumen: Hegel ha rehuído el decirnos cuándo se operará el ingreso de América en la historia, importando lo mismo que ocurra o no, pues el futuro, desde el punto de vista de la razón, no existe. Sólo cuenta aquello que ha sido y es, el porvenir tanto puede ser o no ser, de manera que la "promesa" es tan sólo una palabra, un anhelo y muy difícilmente, una esperanza. La realidad de América sólo cuenta en la mente del filósofo alemán como PREHISTORIA.

Nos salta ahora la curiosidad por averiguar qué piensa de todo esto Ortega cuyas ideas fueron siempre seguidas con particular admiración por los intelectuales de América y que aún hoy pueden despertar interés en la medida en que logren expresar la realidad de nuestro mundo.

Ante todo, considero que para estudiar la posición de Ortega en relación con Hispanoamérica es imprescindible referirnos al ensayo que intitula: "La Pampa... promesa". En este trabajo, que por su título parece reflejar ideas de Hegel, empieza por decirnos que aun cuando él no ha tenido la experiencia del vivir criollo la siente como propia y presume que en el criollismo "se esconde el secreto de la existencia actual americana", como si tratase de aventurar hipótesis explicativas sobre la existencia americana partiendo de esta base.

La primera afirmación que hace Ortega es que "la Pampa vive de su confín". Así como suena, pareciera un decir intrascendente, una pura metáfora sugerente y bella, pero nada más. Sin embargo, no es así, precisamente porque el filósofo español universaliza su metáfora, como él mismo lo dice, elevándola a la categoría definitoria de la realidad argentina.

"La Pampa se mira comenzando por su fin, por su órgano de promesas... Acaso lo esencial de la vida argentina es eso —ser promesa—. Tiene el don de poblarnos el espíritu con promesas, reverbera en esperanzas como un campo de mica en reflejos innumerables. El que llega a esta costa ve ante todo lo de después... La Pampa promete, promete, promete... Hace desde el horizonte inagotables ademanes de abundancia y concesión. Todo vive aquí de lejanías —y desde lejanías—". (Ibid. pp. 639-640).

Esta realidad geográfica parece como si determinara la vida del hombre argentino. Ortega se expresa en términos muy similares a los de Sarmiento en *Facundo* cuando nos dice que la Pampa agreste y bárbara ha determinado los caracteres o tipos que la definen y que él describe en forma tan magistral en los capítulos dedicados al gaucho malo, al cantor, al rastreador, y, sobre todo, a Facundo Quiroga, encarnación del "feroz tigre de los llanos".

"Casi nadie está donde está, sino por delante de sí mismo y desde allí gobierna y ejecuta su vida de aquí, la real, presente y efectiva. La forma de existencia del argentino es lo que yo llamaría el futurismo concreto de cada cual. No en el futurismo genérico de un ideal común, de una utopía colectiva, sino que cada cual vive desde sus ilusiones como si ellas fuesen ya la realidad". (Ibid. p. 639). Se trata, pues, de

una influencia de la naturaleza sobre el hombre, el hechizo de los confines por contraste con la miseria de los primeros términos del paisaje.

“Pero esas promesas de la Pampa tan generosas, tan espontáneas, muchas veces no se cumplen. Entonces quedan hombres y paisajes atónitos, reducidos al vacío geométrico, a la monotonía de su primer término y no saben cómo vivir tras aquellas amputaciones de las lontananzas, de las promesas en que habían puesto los labios y les hacían respirar”. (Ibid. p. 639).

Como consecuencia de este vivir en función del futuro Ortega cree que “el criollo no asiste a su vida efectiva, sino que se la ha pasado fuera de sí, instalado en la otra, en la vida prometida. Por eso, cuando al llegar la vejez mira atrás, no encuentra su vida, que ha pasado por él, a la que no ha atendido y halla sólo la huella dolorida y romántica de una existencia que no existió”. Encuentra, pues, en rigor, el vacío, el hueco de su propia vida”. (Ibid. p. 640).

Al llegar aquí nos asalta la duda de si Ortega, este Ortega sentimental que parece inspirarse en la letra de algún tango, en el fondo no estará haciendo otra cosa que acumulando argumentos para confirmar las tesis hegelianas ya vistas. En primer lugar, el filósofo ha empezado por adherir a la hipótesis de “la promesa” para dilucidar el problema que plantea la realidad hispanoamericana, en su aspecto natural y humano, cuando bien pudo escoger otras muchas, todas sugerentes y explotables desde el punto de vista filosófico. Porque, en efecto, debemos tomar aquí en cuenta que América ha sido vista de muy diversas maneras por los ojos de los extraños. Primero fue “tierra nueva”, TERRA NOVA o Nuevo Mundo, tierra de conquista, “EL DORADO”; después, y según las ideas al uso en Europa, COLONIA, Tierra de la Libertad o simplemente mercado de Materias Primas. Posteriormente se la considera como PROMESA o esperanza de la humanidad, como zona de prestigio de los imperialismos en la lucha de la llamada guerra fría.

La tesis de Hegel que hemos visto en la versión orteguiana es una tesis propia de un filósofo que sigue creyendo en el poder de la razón por encima de todo, siquiera sea en la versión dinámica o dialéctica. Decía Ortega en “Ni vitalismo ni racionalismo”, que el racionalismo que no quiere someterse a la realidad (pensar no es ver, sino imperar, mandar), espera, por el contrario, que el mundo rectifique, y, ya que no hoy, se comporte mañana según la razón. De aquí el futurismo, el utopismo, el radicalismo filosófico y político en los dos últimos siglos”. (T. III. p. 279). Esta es, pues, la causa de que la visión europea de América, como lo venimos sosteniendo, obedece a la necesidad sentida de someter la realidad a la razón, —Europa es la Razón, y la razón es Hegel en opinión de Zubiri— lo que de nuevo nos lleva a la conclusión de que Europa no ha sabido ver a América más que al través de sí misma. Dicho de otro modo, Europa ha inventado a América. Ya en el siglo XV los humanistas crearon una América, elevándola al rango de una utopía clásica —recuérdense “La ciudad del Sol”, de Campanella y la “Utopía” de Tomás Moro. Posteriormente los prerrománticos como Bernardino de Saint Pierre, Chateaubriand y Rousseau lanzaron al mundo la versión de una América idealizada según los moldes neoclásicos de la literatura pastoril o bien según el modelo del llamado “hombre natural”, puro instinto y libertad. No sería nada raro que después de éstas y de la versión Hegel-Ortega vengamos a tener otra imagen de América, esta vez fabricada por el existencialismo europeo en sus varias vertientes ideológicas, donde podamos ver al hombre hispanoamericano o latinoamericano tomado en su nuda existencia temporal, palpitante en sus entrañas cósmicas, librando su lucha dramática de cara a la nada, versión revolucionaria marxista, o con los ojos puestos en el infinito de una esperanza cristiana. En tal nueva imagen el Nuevo Mundo pasaría a ser un “continente existencial”.

Volviendo ahora, no tanto al Ortega de la "razón vital" cuanto al escritor de cepa española, nos encontramos con que en su segundo viaje parecía estar madurando en su mente una nueva teoría del ser argentino que bien podría aplicarse al resto de Hispanoamérica, aun cuando no siempre se concilia con sus doctrinas anteriores.

"Argentina fue, perdura, pues, quíerese o no, en el fondo más soterráneo de nuestro ser y sigue allí, tácita, operando sus secretas químicas; por eso durante la centuria que sigue a la independencia de este país, a pesar de la voluntad decidida y deliberada existente en amplios grupos de esta nación de hacerla hermética al impulso español, España, como no podía menos, sigue influyendo, bien que en forma menos visible, en forma como subrepticia, atmosférica o de difusa ósmosis". Más adelante agrega que "la forma de comunidad existente entre las naciones Centro y Sudamericanas y España es una realidad que subsiste más allá de toda voluntad o de todo capricho que quiera negarla o destruirla. Los sociólogos —que son gente, la verdad, de bastante escaso cacumen— no han logrado aún definirnos, ni siquiera nombrar adecuadamente ese género de sociedad, de comunidad, en que para emplear las palabras de San Pablo, "se mueven, viven y son" las naciones. Porque es sumamente insólito que la nación, que la sociedad nacional —aun siendo como es la sociedad más intensa que existe— viva aislada y reclusa dentro de sí misma; lo normal es que la nación forme parte de otra sociedad más tenue, pero más amplia y no menos real o efectiva. Un ejemplo de ello es la comunidad europea o americana, en la cual un conjunto de pueblos convive ejercitando ciertas formas de vida, y otro ejemplo es esta comunidad de hecho —no sólo de deseo ni vana propaganda— que constituyen los pueblos de habla, sangre y pretérito españoles, y que consiste también en el ejercicio, de otro determinado repertorio de formas de vida"... I, IV, p. 241.

Los pensamientos anteriores vienen a decir que España es nuestro pasado, pero un pasado que llega hasta el presente ni más ni menos como un torrente de sangre cálida y palpitante que mueve y vigoriza todos los órganos de la vida en Hispanoamérica. España sigue influyendo a lo largo de los siglos coloniales y a lo largo de más de un siglo y medio de vida independiente. Somos España en alguna forma, somos su lengua, sus tradiciones, su cultura, su fe, y sus propias derrotas y exaltaciones. Con lo que venimos a contradecir el mito de la "PROMESA" y cuanto más, nuestra historicidad, nuestra "saludable barbarie", nuestra "naciente espiritualidad".

Pero prosigamos la lectura de los párrafos con que termina su bello discurso pronunciado en la Institución Cultural Española de Buenos Aires.

"Es un error —a mi juicio— pensar, como siempre por inercia mental se ha pensado, que estos pueblos nuevos creados en América por España, fueron sin más España, es decir, homogéneos a la metrópoli y homogéneos entre sí, hasta un buen día en que se libertaron políticamente de la madre Patria e iniciaron destinos divergentes entre sí.

Pues bien, mi idea —fundada en el estudio del hecho colonial en toda su amplitud; por tanto, no sólo en la colonización española sino en la de otros pueblos de Oriente y Occidente, ahora y en otros tiempos— es totalmente inversa. Bajo tal nueva perspectiva lo que yo veo es que la heterogeneidad en el modo de ser hombre se inicia inmediatamente, crece y subsiste en la etapa colonial. El hombre americano, desde luego, deja de ser sin más el hombre español, y desde los primeros años un modo nuevo del español. Los conquistadores mismos son ya los primeros americanos. La liberación no es sino la manifestación más externa y última de esa inicial disociación y separatismo; tanto que precisamente en la hora posterior a su liberación, comienza ya el proceso a cambiar de dirección. Desde entonces —cualesquiera sean superficiales apariencias y verbalismos convencionales— la verdad es que una vez constituídas en naciones independientes y marchando según su propia inspiración todos los nuevos pueblos de origen colonial y la metrópoli misma caminan, sin proponérselo ni que-

rerlo y aun contra su aparente designio en dirección convergente, esto es, que entre sí y al mismo nivel, se irán pareciendo cada vez más, irán siendo cada vez más homogéneas. Bien entendido, no que vayan asemejándose a España, sino que todos, incluso España, avanzan hacia formas comunes de vida. No se trata, pues, de nada que se parezca a eventual aproximación política, sino a cosa de hartó más importancia: la coincidencia progresiva en un determinado estilo de humanidad". (Ibid. p. 244).

La idea de que el hombre americano es un nuevo modo del hombre español se armoniza fácilmente con la afirmación anterior en cuanto permite ver un elemento dado, lo español, que nos incorpora a la vida histórica europea de alguna manera y un elemento nuevo diferenciador que nos constituye como hombres americanos. Dentro de este juego dialéctico, si se quiere, caminamos desde el primer momento de la colonización hacia formas comunes de vida, coincidiendo, de este modo, "en un determinado estilo de humanidad". ¿Dónde, pues, pregunto, ha quedado la hipótesis de la PREHISTORIA, la idea de que somos una pura PROMESA, una "Esperanza"? Ahora Ortega concede explícitamente que somos algo, algo que vale enormemente más que una mera posibilidad de ser, concede que hemos logrado incorporarnos a la historia del Espíritu creando unas formas culturales inconfundibles, por donde podríamos decir que hemos logrado situarnos en la historia no sólo por derecho de herencia, sino por derecho propio. Ello no quita, claro está, el que sigamos perteneciendo al mundo de la promesa, ya que en verdad nuestro "estilo de vida" aun no está perfectamente logrado, todavía queda mucho por hacerse y en esa labor estamos empeñados, cada vez con mayor conciencia, los latinoamericanos.

En estos momentos en que escribo, —albores de 1969—, nos encontramos empeñados en instaurar las bases de una renovación total de Hispanoamérica. Necesitamos introducir cambios profundos en las estructuras históricas de nuestras naciones, porque nos hemos dado cuenta de que no podemos vivir sólo del pasado, cuando este no responde a las necesidades nuevas y a las aspiraciones esenciales del hombre americano. Lo que equivale a decir que seguimos adelante en un proceso de afianzamiento de los valores aún vigentes heredados del viejo tronco ibérico y de la cultura europea, pero recreándolos o remodelándolos a fin de lograr lo que necesitamos. Creo que por primera vez Hispanoamérica sabe lo que quiere y dónde y cómo obtenerlo. En esta búsqueda no nos comprometeremos por anticipado con las fórmulas importadas, si previamente no las hacemos nuestras. Queremos cosechar nuestras frutas o los injertos obtenidos con yemas europeas o de cualquier otra región del mundo, queremos nuestros vinos, nuestros jugos, nuestro idioma, nuestra ciencia, en una palabra, nuestra cultura. Para tal logro damos la bienvenida a cualquier consejo, cualquier opinión u observación pertinente, pues estamos seguros de que nos serán muy útiles. Por eso no podemos menospreciar las observaciones formuladas por Ortega sobre diversos aspectos de nuestra vida, tal como lo hicimos en el estudio dedicado al pensamiento de Unamuno, el otro español que tan profundamente supo calar en la intrahistoria americana.

Ortega afirma que tanto en España como en Latinoamérica propendemos a la polémica por falta de ideas propias; por eso es que en vez de diálogo se da la disputa, el altercado, se propende a "ejecutar una estúpida agresión al prójimo escritor". "Si el temperamento al uso prosiguiera —se refiere al monologismo— dentro de pocos años caeríamos en la más incorregible idiocia. El intelecto no tiene más excitante ni más gimnasia ni más nutrimento que una peculiar y lujosa voluptuosidad por la verdad". (Ibid. p. 258). Por nuestra parte, apuntábamos en otro lugar, nuestro más angustioso problema es la falta de ideas. "El hispanoamericano no tiene ideas, ideas convertidas en sustancia propia, por más que en muchos casos se den hombres de muchas ideas, pero ideas prestadas, ideas reflejadas, ideas traducidas y, casi siempre, mal traducidas". (Luis Barahona Jiménez. *El ser hispanoamericano*. Madrid, 1959. pp. 571-572).

Más adelante agregábamos, hablando sobre la debilidad de nuestra imaginación tropical, "El hispanoamericano tiene pocas ideas, fundamentalmente porque no define las cosas que le rodean, porque no las constriñe a sus datos esenciales. Con frecuencia nuestras principales manifestaciones intelectuales adolecen de endeblez y superficialidad, dominando, en cambio, la inspiración y la fantasía sobre lo concreto y lo real". (Ibid. pp. 77-78). Ortega ha dicho: "Nada urge tanto en Sudamérica como una general estrangulación del énfasis. Hay que ir a las cosas, hay que ir a las cosas, sin más. El americano, amigo mío —por razones que no es ocasión ahora de enunciar— propende al narcisismo y a lo que ustedes llaman "parada". Al mirar las cosas, no abandona sobre éstas la mirada, sino que tiende a usar de ellas como de un espejo donde contemplarse. De aquí que, en vez de penetrar en su interior, se queda casi siempre ante la superficie, ocupado en dar representación de sí mismo y ejercitar cuadros plásticos. Pero las ciencias y las letras no consisten en tomar posturas delante de las cosas, sino en irrumpir fanáticamente dentro de ellas". (Op. cit. p. 348). "Siempre me ha sorprendido la desproporción que suele haber entre la inteligencia, a menudo espléndida, del americano y esa otra facultad de MISE POINT que es el criterio. Tal vez, en horas de sinceridad consigo mismo, percibe todo buen intelectual americano ese extraño fenómeno secreto de la insuficiencia de su criterio... Esto significaría que la nueva generación necesita completar sus magníficas potencias con una rigurosa disciplina interior. Yo quisiera ver en esos grupos jóvenes la severa exigencia de ella. Pero acontece que veo todo lo contrario: un apresurado afán por reformar el Universo, la Sociedad, el Estado, la Universidad, todo lo de fuera, sin previa reforma y construcción de la intimidad. En este punto no pactaré jamás con ustedes, y me hallarán irreductible". (Ibid. p. 349).

El tema político es de innegable importancia en Ortega, a él ha dedicado algunos ensayos y en estas notas que, en nuestra opinión pueden relacionarse o aplicarse a la realidad política nuestra, hay observaciones muy valiosas.

Podríamos decir que domina en ellas una concepción política centrada en el raciovitalismo, pero con una tendencia mayor al vitalismo que al racionalismo, debido, en nuestra opinión, a que en ellas Ortega piensa más como filósofo español que como filósofo europeo, ya que el vitalismo es la expresión más cabal del alma española.

Empecemos por subrayar el hecho de que tanto en España como en Hispanoamérica se dan dos entidades político-culturales perfectamente extrañas la una a la otra, siendo la una oficial "que se obstina en prolongar los gestos de una edad fenecida —lo que equivale a la actitud de las clases conservadoras por apearse al STATU QUO— y otra entidad... aspirante, germinal, vital, tal vez no muy fuerte, pero vital, sincera, honrada, la cual estorbada por la otra, no acierta a entrar de lleno en la historia", en esta entidad se comprenden las clases marginadas de la vida económica y cultural en cada uno de nuestros países. (Tom. I. p. 273).

Esta realidad escindida en dos partes antagónicas o por lo menos sin conciencia de la unidad nacional exigen ser tratadas a la luz de nuevos conceptos políticos, toda vez que los esquemas de la política de los siglos anteriores no han podido encarar el problema con eficacia, sino que, por el contrario, han sido causa de desunión y antagonismo. Ahora bien "La nueva política, todo eso que en forma de proyecto y de aspiración, late vagamente dentro de todos nosotros, tiene que comenzar por ampliar sumamente los contornos del concepto político. Y es menester que signifique muchas otras actividades sobre la electoral, parlamentaria y gubernativa; es preciso que, trasponiendo el recinto de las relaciones jurídicas, incluya en sí todas las formas, principios e instintos de socialización". (Ibid. p. 275-276).

En este proceso debemos lograr que el Estado y la Sociedad den todo su rendimiento a favor de la vida nacional. Ortega habla de la vida como realidad fundante, tanto en el orden individual como en el social y político, de aquí que él considere al Gobierno, y al Estado como uno de los órganos de la vida nacional, pero no como el

único, ni siquiera el decisivo. Hay que exigir a la máquina Estado mayor, mucho mayor rendimiento de utilidades sociales que ha dado hasta aquí, pero aunque diera cuanto idealmente le es posible dar, queda por exigir mucho más a los otros órganos nacionales que no son el Estado, que no es el Gobierno, que es la libre espontaneidad de la sociedad". Y agrega un poco más adelante. "Pues es natural, es evidente: nadie está dispuesto a defender que sea la Nación, que sea la vida para el orden público y no el orden público para la vida". (Ibid. pp. 277-278). Lo que es como decir que el Estado es una superestructura que tiende a esclerotizarse, por eso no debemos hipostasiarlo, sino más bien concebirlo siempre en función con la vida, inyectándole sangre nueva para que cumpla su función de gestor del bien común nacional.

Colocado en este punto de vista Ortega sostiene que tanto el Estado, como las formas de gobierno, el régimen de elección, y otras cosas más no son lo esencial si no encarnan la vida nacional. Por eso, "si somos leales con nosotros, las formas de gobierno nos parecerán como de aquellas cosas de que en algún caso podríamos prescindir o que podríamos trasmutar la una por la otra"; pero eso sí siempre y cuando nos quedemos con "los ideales genéricos, eternos de la democracia; y todo lo demás, todo lo que sea medio para realizar y dar eficacia en cada momento a esos ideales democráticos es transitorio". (Ibid. p. 289).

Para llevar adelante esta empresa de afianzamiento permanente de los ideales democráticos hacen falta ideas políticas claras y plenamente actuales unidas a una acción eficaz que se base en la competencia. Sobre estos dos puntos podríamos decir muchas cosas, pues en estos momentos se está dando un enfrentamiento de sistemas, doctrinas y métodos de acción política en Hispanoamérica que muy pronto podrá dar algunos resultados concretos, a saber: el social cristianismo y el marxismo. Es casi seguro que el marxismo quede derrotado muy pronto, tanto en la línea militar como en la política, además de que no encarna los ideales democráticos de Latinoamérica. Quedará sólo la experiencia social-cristiana disputándole el campo al complejo de los partidos liberales y neoliberales, cuya ineficacia es de todos conocida. Dentro del marco de las ideas y de la acción política de la Democracia Cristiana hay que buscar, pues, el nuevo sentido de la organización nacional, nos atrevemos a decir, tanto en América como en España.

Un tema que completa el anterior es el tema del patriotismo, pues la organización nacional es el verdadero quehacer del hombre que vive profundamente las inquietudes nacionales y que desea integrarse a esta labor en cuerpo y alma, en forma plenamente responsable. Ortega distingue dos clases de patriotismo: uno estático, conservador, otro dinámico, constructivo. En Hispanoamérica estamos urgidos de un patriotismo creador, dinámico que tenga los ojos puestos en el futuro de nuestros hijos y que no se resuelva en demagogia o en mera retórica de clavo pasado.

"Patria, escribe Ortega, no es el pasado y el presente, no es nada que una mano providencial nos alargue para que gocemos de ello: es, por el contrario, algo que todavía no existe; más aún, que no podrá existir como no pugnemos enérgicamente para realizarlo nosotros mismos. Patria en este sentido es precisamente el conjunto de virtudes que faltó y falta a nuestra patria histórica, lo que no hemos sido y tenemos que ser so pena de sentirnos borrados del mapa.

Por muy cumplida que sea la vida de un pueblo tiene hartos que mejorar. Esa mejora de la patria esperan nuestros hijos de nosotros para que su existencia sea menos dolorosa y más llena de posibilidades. La mejora de la patria, la perfección de la patria, es la patria de nuestros hijos, y por tanto, la verdadera nuestra si somos padres, no sólo en cuanto a la carne, sino en cuanto al espíritu y al deber... La patria es una tarea a cumplir, un problema a resolver, un deber... El patriotismo verdadero es crítica de la tierra de los padres y construcción de la tierra de los hijos". (Ibid. pp. 505-506).

No voy ahora a analizar el concepto de patria que nos ha dejado Ortega y Gasset, pues junto con el de Renán, ha sido estudiado en las páginas de mi obra ya citada. (Cfr. *El Ser Hispanoamericano*, pp. 171 y sigs.). Pero si podemos parodiarlo diciendo que para un Hispanoamericano nacido entre el Río Bravo y la Tierra del Fuego el problema primero, plenario y perentorio es la Patria. Necesitamos realizar una verdadera revolución del "orden social" vigente, como ya lo hemos apuntado, y para orientarla, darle sentido y justificación son esenciales las ideas políticas. Podemos decir con Ortega que, "Entre nosotros se ha hecho una separación indebida de la política de acción y la política ideal, como si la una tuviera sentido huérfana de la otra". Esto es lo que hoy se llama "pragmatismo político" y lo único que han sabido implantar los partidos neoliberales.

Son muchas las ideas de Ortega sobre política, cultura y organización social relativas a la vida española que muy bien podrían aplicarse en alguna medida a la realidad Hispanoamericana y con las cuales fácilmente tendríamos paño hasta para un grueso volumen. Espero que algún discípulo o algún estudioso emprenda muy pronto este trabajo en que las generaciones nuevas aprendan muchas cosas dignas de ser llevadas a la práctica en nuestros países; ello nos permitirá, de una parte, mantener vigente el pensamiento de Ortega y reconocer su magisterio póstumo, y de otra, poder decir con él que: "La solidaridad entre los que viven se prolonga bajo tierra y va a buscar en sus sepulcros a las generaciones muertas". (Ibid. p. 514).